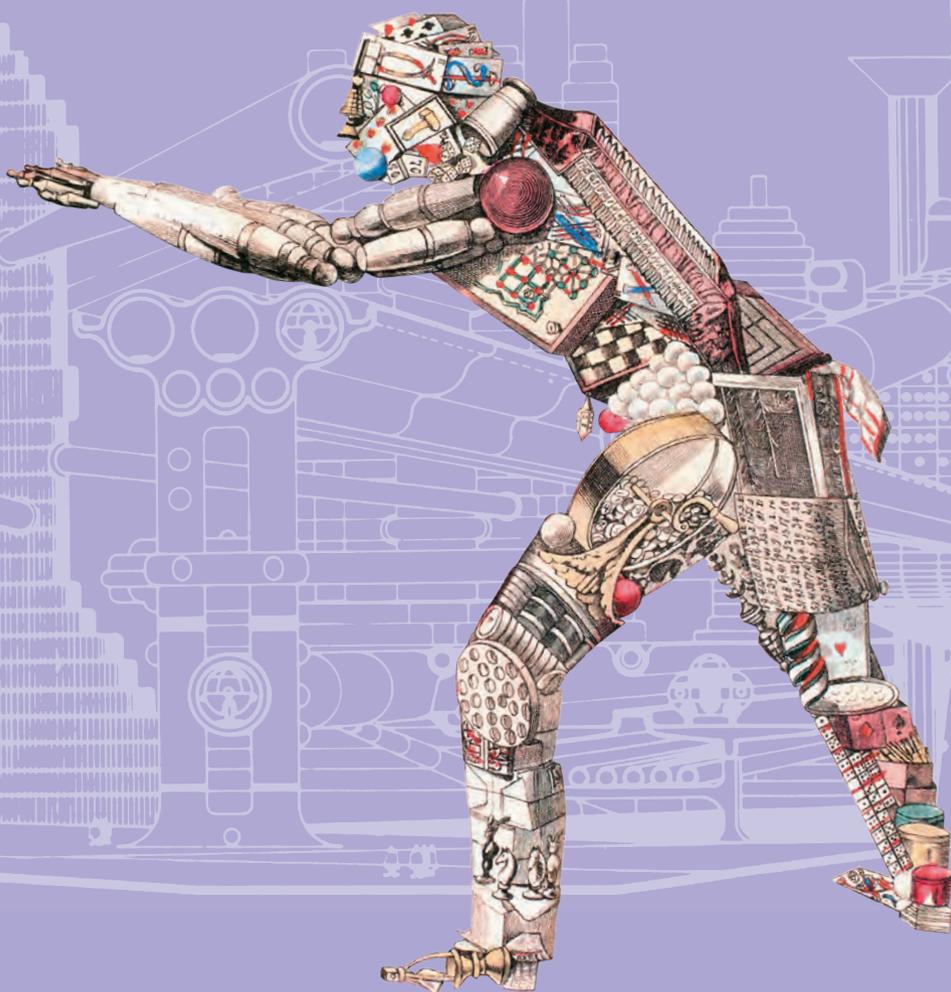


JUAN RODOLFO WILCOCK

EL LIBRO
DE LOS MONSTRUOS



ATALANTA

A tenor del célebre libro de su amigo Jorge Luis Borges, publicado en 1954, en el que reunía una insólita suma de seres imaginarios, Juan Rodolfo Wilcock nos presenta aquí un manual, no menos fabuloso, de textos breves, aunque ceñido a códigos totalmente distintos: los monstruos de Wilcock siempre se contemplan con una traviesa sonrisa en los labios, que a veces desemboca en carcajada. Heredero directo del último Flaubert y de Kafka, sus criaturas corresponden al reino exclusivo del humor negro y la ironía feroz. Así, ya tengan todo el cuerpo recubierto de espejitos, como Anastomos, o de largas plumas blancas, como el arquitecto Mano Lasso; padezcan la no menos incómoda peculiaridad de contar con tres piernas y tres bocas, como el poeta Eher Sugarno; o soporten, como el asistente social Ilio Collio, unas tetillas de las que mana una especie de aceite espeso que vuelve su cuerpo extremadamente resbaladizo..., todo este estrafalario compendio de singularidad física no redime a ninguno de los personajes de la trivialidad cotidiana en la que tan a menudo se mueve la condición del ser humano. No importa la circunstancia, el absurdo siempre impone su terca ley; así, el veterinario Lurio Tontino viaja sin rumbo por el cosmos convertido en asteroide, o el doctor en letras Ugo Panda, cuyo cerebro es del tamaño de una avellana, compone canciones tan celebradas como ininteligibles.



ARS BREVIS

ATALANTA

134



www.elboomeran.com

JUAN RODOLFO WILCOCK

EL LIBRO
DE LOS MONSTRUOS

TRADUCCIÓN
ERNESTO MONTEQUIN

PRELUDIO
LUIS CHITARRONI



ATALANTA

2020

En cubierta: Andreas Geiger según Theodor H. Alconiere,
El jugador de billar, 1840, Museo Nacional de Núremberg
En contracubierta: retrato de Wilcock y fotograma de
El Evangelio según san Mateo de Pier Paolo Pasolini, 1964,
en el papel de Caifás

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados

Título original: *Il libro dei mostri*

© 1978, 2019, Adelphi Edizioni

© 2019, La Bestia Equilátera

© 2019, Ediciones Atalanta, S.L.

© De la traducción: Ernesto Montequin

© Del prelude: Luis Chitarroni

EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-120743-1-4

Depósito Legal: GI 1966-2019

Índice

Preludio	13
Anastomos	19
Geómetra Elio Torpo	21
Mano Lasso	23
Zulemo Moss	25
Capitán Luiso Ferrauto	28
Agrimensor Bene Nio	30
Giocososo Spelli	32
Graziella Link	34
Jefe de correos Frenio Guiscardi	36
Primio Doppo	38
Doctor Ugo Panda	41
Cardenal Mondo Tuto	43

Gaio Forcelio	46
Contador Anchise Scabbia	48
Fulvia Net	50
Mario Obradour	52
Effio Daudaben	54
Caballero Bellestar	56
Pelagra Rete	58
Berlo Zenobi	60
Pier Del Rotto	62
Juana Pè	64
Resio Bombi	66
Erbo Meglio	68
Mesto Copio	70
Mariscal Cono Liscarello	72
Fermo Zeschi	74
Fizio Milo	77
Massenio Loppi	79

Ilio Collio	81
Mino Vedi	83
Elviridio Tatti	85
Eher Sugarno	87
Caro Addobbone	93
Brisia	95
Don Duilio Ferrante	97
Maestro Amelio Sligo	99
Doctor Branco Oligi	101
Veterinario Lurio Tontino	103
Vinizio Stadera	105
Uffolino	107
Memmo Gaibisso	110
Violenzo Luca	112
Junius Polla	114
Melo Merino	116
Paola Udovic	118

Evasio Rossi

120

Doctor Arrigo Ploz

122

Occas Nàvi

124

Pargolo Ciumo

126

Ruzio Haub-Haub

128

Angolo Spes

131

Busso Targo

133

Pino Scarro

135

Doctor Piramide Veso

137

Nuno Tuno

140

Olimpiero Fraglie

142

Eperone Stup

144

Severo Carnio

146

Nerone Borio

148

Afrodung Lu

150

Alasumma

152

El libro de los monstruos

Preludio

Como Macedonio y Witoldo,¹ con quienes no parece compartir virtudes ni defectos importantes, Wilcock pertenece a una de las mitologías literarias más complejas y perspicuas de la literatura argentina. Ciertamente que nadie lo llama por su nombre de pila como a los anteriores (otros) ni lo considera, en espíritu, el animador de alguna de las supersticiones e hipérboles con las que la literatura argentina, tanto como la mayoría de las otras, cada una con sus leyendas a cuestas, suele decorarse con presunciones y sospechas teóricas.

Wilcock es un receptor interminable de rumores y anécdotas, entre quienes lo conocieron y hoy lo reconocen. Esa galería narrativa que lo solivianta como sujeto tiene un valor tanto más ambiguo en la medida en que a veces no sabe bien a quién se refiere: la cantidad de datos que acompaña

1. Se refiere a los escritores Macedonio Fernández (Buenos Aires, 1874-1952) y Witold Gombrowicz (Małoszyce, Polonia, 1904-Vence, Francia, 1969), que vivió exiliado en Argentina entre 1939 y 1963. (*N. del E.*)

sus solapas resulta siempre insuficiente. Hasta que Ernesto Montequin, traductor y exegeta incomparable, no divulgue la biografía sobre Wilcock, que hace años planea y recopila, no sabremos de ésta cuáles son los elementos y las anécdotas verdaderos, pero mientras esperamos, podemos dar crédito a cualquiera de ellas, a menudo incluso a las menos verosímiles, como que Wilcock hizo dormir a un cronista argentino que había llegado hasta la chacra² del maestro en Lubriano, en el galpón,³ con un perro como única compañía, o aduló la colección de una arribista cultural elogiando su colección de reproducciones (entre las que era previsible encontrar la joya de una falsificación) con las siguientes palabras: «La felicito: usted debe de tener toda una fortuna en vidrio». Sí, el repertorio anecdótico es o parece inagotable. Me consta, porque encontré el ejemplar en el depósito de una editorial en la que trabajaba, que *Il caos*, cuya primera edición es de Rizzoli, escrita en italiano originariamente, y cuya salida en la editorial Sudamericana de Buenos Aires se atrasaría unos cuantos años, estaba dedicada a Silvina Ocampo de la siguiente manera: «A Silvina, este libro en tan raro castellano».

La confesión se apodera de las raras demoras y dilaciones de la vida del escritor argentino, quien, al revés de lo que se cree, no aprendió el italiano en el regazo de su abuela (aunque una de ellas era italiana, sí), sino por su propia cuenta antes de viajar a Italia. Todo el resto es ejercicio y práctica, por considerarlo, con gratitud romance, un «tan raro castellano». En esa expansión lírica, que llega a momentos de una admirable naturalidad expresiva, como cuando en el *Italienisches Liederbuch* escribe: «Mostrami il mondo,

2. Alquería o granja. (N. del E.)

3. Cobertizo. (N. del E.)

mostrami la gente, / *come una lampada da cinquemila watt*»,⁴ o en los poemas inéditos hasta la edición de Adelphi: «Beati loro che pensano al progresso: / *io solo penso alla morte o al sesso*». ⁵

Una visión panorámica de la obra de Wilcock, que no se detuviera en los seis libros de poemas que publicó en Argentina, antes de irse, y que luego, en una especie de anhelo y desalentado contrabando idiomático, publicaría en italiano, permitiría admirar a un escritor que poco se asemeja a otros, contemporáneos o antecesores, pero sí, mucho, a una descendencia contumaz, sobre todo italiana.

En realidad, *El caos*, como libro de relatos, es el que más debe a la narrativa de la época, aunque esto sea bien poco. No se puede pensar siquiera en antecedentes anglosajones e italianos. En esos años, prevalecía Kafka, cuyos diarios Wilcock tradujo (¿del alemán?). No hay Kafka a la vista. Está, desde el comienzo, Silvina Ocampo; después, nunca al sesgo, Borges y Marcel Schwob.

En *El caos*, a Silvina Ocampo y su séquito de «invenciones del recuerdo», malignidades y caprichos, se agrega la transmisión de un secreto, pero ese secreto tiene que ver con lo genial, de modo que omitiremos hablar de él. Bioy, con la severa incomodidad de un testigo incrédulo, incorpora al personaje incluido en «El perjurio de la nieve», relato que en sucesivas inadaptaciones logra incluso hacer olvidar que hubo una vez un modelo.

La sinagoga de los iconoclastas y *El estereoscopio de los solitarios*, publicadas por primera vez en editoriales italianas, reflejan ya la preeminencia borgeana, cuyos ardidés y

4. «Muéstrame el mundo, muéstrame a las personas, / como una lámpara de cinco mil vatios.»

5. «Bienaventurados aquellos que piensan en el progreso: / yo sólo pienso en la muerte o el sexo.»

recetas se lleva consigo Wilcock como un agente con una misión internacional, para la que lo habilita aun el discreto poliglottismo. En realidad, un ingeniero civil recibido en su ciudad natal, que ejerció la profesión en Mendoza (un aspecto, al menos, de «Los donguis» y *L'ingeniére* parece indirectamente autobiográfico), Wilcock es incluso una *rara avis* en su *milieu*, que viene a ser, como una legión de parientes lejanos y más convencionales de lo que suele creerse, el grupo de la hermana de Silvina, Victoria, el grupo de *Sur*. Quienes lo rodean verdaderamente, para su beneplácito, parecen ser señoras capaces de sostener económicamente exquisitas revistas de poesía –*Verde memoria*, *Disco*–, dignas de incluir los pesados apellidos –pentasílabos rimbombantes de un patriciado sin nobleza– y mezclarlos con el de Robert Browning, Ezra Pound o Verlaine, como aquella portadora de reproducciones, cuyos marcos y vidrios Wilcock no tuvo más remedio que ensalzar.

Un desplazamiento de escena y llegamos a este mundo para el que Wilcock parece idealmente equipado y apto: *El libro de los monstruos*. La presentación repite siempre la matriz: el nombre del monstruo y poco más de una página y media a la que una simulación descriptiva convierte en relato. Se trata de un minimalismo metódico, de una estilizada proyección. Sólo la honestidad y la incredulidad de un escéptico pueden darle cabida.

Como deudor y divulgador de Arcimboldo y de Borges, Wilcock traza el retrato inolvidable del monstruo perdurable. Se acostumbra en tales casos a enumerarlos, pero esta vez se prefiere tratar de desentrañar qué rara mezcla de desdén y ambición hizo que el autor, con la energía creadora habitual, los concibiera. Ese balance infrecuente entre los

dones de los que se hace alarde y las contracciones súbitas del inventario nos precaven acerca de la unidad. Pero con Wilcock tenemos nuevamente que continuar al acecho. De acuerdo con una vieja *boutade* del autor, no estaríamos en presencia de una colección de fragmentos sino de un libro narrativo cuya secreta unidad consiste en el hecho de que sus personajes nunca llegan a encontrarse.

Entre el destello descriptivo y la inscripción alegórica, pero sobre todo entre el emblema, con el peso narrativo de su furia simbólica, y el croquis, con su velocidad sintomática de esquema incisivo, el autor se ufana de dejar a su paso una galería. En ella se reconocen la mayoría de las miserias y pequeñeces humanas, pero también, gracias al humor que todo transfigura, la grandeza literaria capaz de conducirnos del comienzo al fin con la mirada atenta y una sonrisa encantada.

Luis Chitarroni, diciembre de 2019

Anastomos

Es muy raro, por no decir imposible, que los hombres se pongan de acuerdo en cuestiones de belleza, y sin embargo todos están de acuerdo en reconocer que Anastomos es bellísimo. Está todo hecho de espejos o, para ser precisos, todo recubierto de espejitos, más pequeños en el rostro, más anchos en la espalda y en el pecho. También los ojos son espejos, gruesos espejitos móviles y azules en los cuales nos vemos reflejados sobre un fondo turquesa como en un cielo feliz, como en aguas irresistibles. A la luz del sol, en la playa, es una aparición tan deslumbrante que la gente se queda con la boca abierta y no se atreve a acercarse, dominada por una mezcla de terror y de fascinación como frente a algo sagrado e intocable; sólo los niños corren tras él. Cuando después entra en el mar, en medio de las olas espumosas, es tal el reverbero recíproco de destellos irisados de los espejos a las gotas y de las gotas a los espejos que es como ver a una divinidad primordial de forma humana surgir del agua y del fuego al mismo tiempo. Y quizá sea una divinidad, porque no está concedido a los hombres ser tan bellos. En sus es-

pejos vemos reflejadas aquellas cosas que verdaderamente, sin hipocresía, amamos; no las cosas humanas, tan abrumadas por la caducidad y por el cambio, sino los árboles y las nubes, los pájaros y las flores, las cascadas y las islas, los astros y las llamas, todo lo que en nuestra mortalidad sentimos como eterno, y que no amaríamos si no lo sintiésemos, oscuramente, intocable. También Anastomos, si es por eso, es intocable: nadie osaría poner los dedos en sus espejos, estos dedos que aun cuando están más limpios siguen estando sucios. Con su piel de espejos, Anastomos es para nosotros la geometría, y por ende la música.

Nacido en Buenos Aires en 1919, Juan Rodolfo Wilcock fue, como le definió una vez Bioy Casares, toda una constelación, pues cultivó con extraña originalidad y maestría todos los géneros literarios: la poesía; esporádicamente, el teatro; el ensayo y la crítica (escribía algunos artículos con pseudónimo, para polemizar consigo mismo en el mismo periódico y «sacarse la piel a tiras»). Pero, por encima de todo, fue en la prosa breve en donde alcanzó, como Marcel Schwob, su plenitud literaria, con un incomparable sentido de la ironía.

También cabe destacar su abundante, variada y notable labor como traductor, con más de cuarenta libros, primero al español (Kerouac, T. S. Eliot, Marlowe, Kafka, Buzzati, entre otros) y más tarde, a partir de 1958 –año en que se traslada a Italia huyendo del peronismo–, con sus traducciones para las más prestigiosas editoriales transalpinas, nada menos que de Shakespeare, Flaubert, Joyce, Beckett o Borges, de quien fue amigo cercano en su etapa bonaerense. Así, se reinventa y en poco tiempo pasa a ser una de las figuras más originales de las letras italianas, apreciada por Moravia, Calvino y su posterior editor Roberto Calasso. En 1964, Pasolini le propone interpretar el papel de Caifás en su película *El Evangelio según san Mateo*, y Wilcock acepta, consumando así otra faceta más de su poliédrica vida, cuyo telón cayó definitivamente en 1978.

www.elboomeran.com

Ars brevis



ISBN 978-84-120743-1-4



9 788412 074314

www.atalantaweb.com